

PROEMIO

El Sistema de la Sociología que con el presente volumen se somete a la consideración pública dista mucho —en su concepción como en su factura— de las posiciones que constituyen el cultivo tradicional de la disciplina; tanto que, desde el punto de vista de sus cánones, no podría dejar de ser tenido por heterodoxo: diverge de los supuestos fundamentales sobre los que fué erigida en sus comienzos la ciencia de la sociedad, desconfía de las posibilidades y perspectivas que se le concedieron, y descrece de la eficacia de sus métodos habituales, juzgándolos inadecuados a la naturaleza del objeto. De ahí el insólito carácter de sus puntos de partida, lo aventurado de sus enfoques y lo azaroso de sus conclusiones, allí donde sea posible hablar de conclusiones: pues el autor, prevenido por la amplitud de sus disentimientos, se ha sentido obligado en su trabajo a una extraordinaria cautela.

Pero, pese a tal heterodoxia, entiende incorporarse con su obra a aquella tradición, y eso de la manera más legítima; es a saber: operando críticamente sobre ella, para insertar en su línea una aportación que tienda a modificarla en el sentido de alguna rectificación debida. Tanto más, cuanto que tal trabajo, siquiera se separe resueltamente de lo que, en general, se ha entendido siempre por Sociología y, sobre todo, de aquel insistido modo de su cultivo que le prestó fisonomía, en sus comienzos, no deja de contar con sus propios precedentes, acumulados en el desarrollo de copiosas discusiones metodológicas, cuya significación trata de aclararse en el texto.

Ya la sistemática dentro de la cual hemos encerrado, en el primer tomo de este Tratado, los materiales de la Historia de la Sociología permite inferir sin vacilaciones cuales son los problemas de principio en que arraiga nuestra inconformidad con el acostumbrado tratamiento científico dado al objeto de esa disciplina, así como también descubrir cuáles son las actitudes críticas en que estriba el intento aquí realizado de someterlo a un tratamiento científico diferente y —a nuestro entender— mejor ajustado a las exigencias derivadas de la esencia de dicho objeto. La justificación de aquella sistemática, tal como allí quedó razonada, señala al mismo tiempo de manera inequívoca hacia el que será aquí nuestro punto de arranque teórico, pues la Historia de la Sociología que antecede a este Sistema

TRATADO DE SOCIOLOGÍA

se encuentra concebida en la más estrecha conexión con él, de manera que debe funcionar como su introducción indispensable... Mas, con todo, será útil —dada la desacostumbrada manipulación a que hemos sometido los temas sociológicos— anticipar ahora al lector, explicativamente, la razón y el esquema de nuestro esfuerzo constructivo.

El presente Sistema de la Sociología se encuentra dividido en dos partes: la primera, dedicada a examinar en forma propedéutica y, por así decirlo, desde fuera, las condiciones del objeto de conocimiento y, en relación con ellas, los métodos adecuados para su aprehensión; la segunda, destinada a prestar organización conceptual a la multitud de fenómenos en que dicho objeto se ofrece a nuestra experiencia. Pero ambas partes encuentran su iniciación en un mismo punto —que es, además, el que antes nos sirviera también para iniciar la Historia de la disciplina—; a saber: el suministrado por esa nuestra experiencia inmediata, como percepción de una época histórica de crisis en función de la cual se constituye la disciplina sociológica.

Bien se comprenderá que esa reiteración no es, en modo alguno, casual, sino que obedece a una actitud muy deliberada, y erigida sobre la base de una fuerte convicción; y, por cierto, de una convicción cuyas raíces se hunden, traspasando el estrato sociológico, en el terreno filosófico, aun cuando hasta él haya debido conducirnos, precisamente, el examen a fondo del objeto de la Sociología misma, y no preconceptos de ninguna especie.

En efecto: pudimos comprobar que esa disciplina científica denominada Sociología, dentro de cuyo ámbito emplazábamos nuestra investigación, es ella misma no otra cosa que un producto humano, una creación de cultura, consistente en la organización dentro de ciertos principios de un esfuerzo llevado a cabo por los hombres para adquirir el conocimiento de determinado orden de realidades; y que ese esfuerzo era estimulado en su origen por la circunstancia de que realidades tales estaban por entonces oprimiendo y desconcertando en una medida extraordinaria la vida humana —con lo que se hacían muy perceptibles—, al mismo tiempo que por la esperanza de modificarlas en dirección favorable mediante una intervención ilustrada, racional. O sea: que la Sociología es un producto de una situación social crítica, y que comporta el designio de superar la crisis que le da origen, ordenando racionalmente el gobierno de la sociedad. Esa ha sido nuestra primera comprobación: al establecerla, nos limitamos a subrayar con trazo enérgico algo que, por lo demás, estaba en la conciencia de todo el mundo, y que la disciplina sociológica ha tenido presente siempre desde su primera hora.

Pero al considerar sociológicamente la Sociología como un producto de cultura, esto es, como un algo dado en la Historia y construido con rasgos particulares pertenecientes a su época, al reconocer en ella las notas peculiares que el hombre occidental moderno presta a su típica organización del conocimiento, al advertir que el saber acerca del objeto "sociedad" procurado mediante ella da lugar a una ciencia, lo que es decir: a un particular modo de conocimiento que, si prevalece durante un lapso histórico,

EL SISTEMA DE LA SOCIOLOGÍA

no es el único posible ni el único legítimo, descubrimos que esa misma organización del saber —la Ciencia, dentro de cuyos principios se edifica la disciplina sociológica— está afectada también por la crisis social que presta origen a esta última, y la hace cuestionable en sus fundamentos. ¿En qué consiste la crisis del conocimiento científico, y por qué socava los cimientos de la Sociología? Esa organización del saber que es la ciencia responde a las necesidades de un tipo humano eminentemente dominador, interesado en las relaciones de efectividad capaces de entregarle el manejo de la naturaleza exterior, y hasta cierto punto despreocupado de las esencias. Pero cuando el método científico —acercándose cada vez más al propio sujeto de conocimiento— quiere aplicarse, no ya a la naturaleza exterior, sino al portador mismo de la conciencia, encuentra la resistencia de un objeto de todo punto inadecuado, como que —sometido a las relaciones de efectividad por razón de su circunstancia concreta— es, sin embargo, en lo esencial, un centro activo de voluntad, regido por la orientación del Espíritu. Su tratamiento en vías científicas estrictas tendrá que arrojar tan sólo un conocimiento periférico y muy deficiente, siendo así que un conocimiento científico requiere más bien hacer del objeto un enfoque plenario, que respete y sea capaz de recoger su índole esencial...

La necesidad de abandonar las vías tradicionales del método científico para buscar otras más adecuadas a la naturaleza del objeto de la Sociología nos hace retroceder hasta la conciencia del sujeto, en cuya operación viene a luz toda realidad: la toma de conciencia ilumina a la vez, en el mismo acto, la cosa conocida y al yo que la conoce, en una irrompible reciprocidad, como miembros esenciales de una común existencia. Pues bien: en esa operación elemental de la conciencia —esto es, de la conciencia humana, y concretamente, de la mía, única que cada cual tiene— se distingue un orden de realidades cuya existencia está ligada al sujeto en una relación de especialísima dependencia, en cuanto que se le aparecen como creación suya. Son los productos de cultura, que integran el mundo histórico, ligados por su esencia a la conciencia del hombre. Entre ellos, es posible aislar todavía los pertenecientes a un cierto orden que, en conjunto, constituye el objeto de la Sociología: las formas sociales, perfectamente caracterizadas por ciertos rasgos típicos.

El estudio de esos rasgos típicos nos permite definirlos como estructuras provistas de un sentido; (consistente en la realización de valores de orden práctico) y fraguadas con los materiales de la vida humana convivida; de tal manera que en ellas se realiza la articulación de naturaleza y espíritu. Así es cómo, intuitivamente, percibe la conciencia el objeto del conocimiento sociológico, y lo aísla en bloque del conjunto de la realidad, pudiendo cada cual distinguir dentro de ella, en forma inmediata y previa a cualquier discriminación sistemática, aquello a que la designación de social conviene.

El intento de avanzar un paso adelante (y tal es la finalidad del capítulo segundo) tenía que conducirnos hacia un análisis de los datos que nos ofrece la experiencia práctica de lo social a partir del sujeto individual, esto es, de

la conciencia que se manifiesta en la operación inmediata del convivir. Para llevar a cabo ese análisis hemos tomado el caso más simple que imaginarse pueda: el de la confrontación originaria de dos conciencias individuales. Ese primer encuentro de dos personas desconocidas es una vivencia muy general y siempre repetida, que, como material de hecho, se encuentra a la disposición de todo el mundo, y que, por consiguiente, cada lector puede comprobar en forma directa, revisando por sí mismo los resultados según su propia experiencia. De ahí que la hayamos juzgado preferible a la consideración de hipótesis de trabajo como la clásica del caso Robinson, que exige un esfuerzo de acomodación imaginativa en cuyo curso difícilmente dejarán de perderse elementos capitales y, sobre todo, de ingerirse implicaciones capaces de invalidar los resultados. Robinson porta consigo, en su conciencia, la sociedad entera a que ha pertenecido; pero no puede actuarla, no puede vivirla, sino mediante esa especie de muñones de actividad, consentidos todavía al individuo solitario, que son como las referencias fosilizadas a un complejo social abstraído a su actual realidad de situación: su actividad social carece de posible respuesta y, por lo tanto, de perspectivas. En cambio, el primer contacto de dos desconocidos en el seno de la sociedad es un momento vital socialmente recubierto, al que acuden en forma originaria los datos capaces de suministrar la experiencia sociológica más simple (y, sin embargo, ¡qué compleja ya!).

Nuestro análisis muestra que ese contacto inicial, cualesquiera sean las circunstancias vitales que en él concurran —simpatía o antipatía, y todos sus posibles matices— se tramita ya y tiene que tramitarse con arreglo a normas impersonales pertenecientes a una ordenación social objetiva; y que esa ordenación social, cuya casuística presenta enorme complejidad, tiene como eje la discriminación según clases sociales.

La doble comprobación nos ha revelado, pues, la realidad social entera como una ordenación normativa destinada a regular nuestra conducta para con los demás seres humanos, por lo menos en cuanto a su forma, ordenación cuya estructura se erige sobre una diferenciación de clases. Y con ello, nos ha puesto en contacto con la clase social como entidad sociológica cardinal —por lo pronto, en cuanto a nuestra experiencia inmediata se refiere—, sobre la que deberemos apoyarnos para alcanzar un conocimiento más ajustado del objeto "sociedad". Al distinguir entre los miembros de la clase propia y los extraños a ella, al reconocer el vínculo de clase como algo que nos une al desconocido, no obstante serlo y por más que un cúmulo de otras circunstancias puedan separarnos de él, y cuya carencia, en cambio, nos segrega y debe segregarnos del prójimo pese a cualquier otro factor unitivo que nos ligue a su individualidad concreta, realizamos una vivencia social muy definida que nos pone en posesión de dos categorías sociológicas fundamentalísimas —la de comunidad y la de sociedad—, atadas entre sí de la manera más estrecha para formar pareja dialéctica.

Apurando el estudio de la comunidad de clase, tal como esta formación social se le aparece a la conciencia del sujeto, adquirimos una primera

noción de la realidad objetivo-subjetiva de los entes cuyo conocimiento se propone la Sociología: averiguamos que se dan en la propia vida del sujeto, que están sostenidos en la operación de su conciencia, pero que, al mismo tiempo, esta conciencia les debe en gran parte su estructura psíquica, y es ya hechura suya. Averiguamos también que, precisamente por darse en la propia vida del sujeto, la realidad de los objetos sociológicos, lejos de ser inmutable, se encuentra en continua evolución... Ese análisis de la experiencia de clase social, en que se demora el segundo capítulo de la primera parte, tiene por finalidad allanar el camino para toda la ulterior elaboración de conceptos; en él habrá de tomar pie, llegado su momento, el examen del proceso histórico en cuanto despliegue de formas sociales. Pero, por lo pronto, nos da acceso al intento que en el capítulo tercero se hace de fijar la naturaleza peculiar de los objetos sociales con vistas a su conocimiento sociológico.

Ya quedó dicho que la realidad de tales objetos está dada en la vida del sujeto, pendiendo de la operación de su conciencia, que, conciencia histórica, aporta a ellos, indefectiblemente, el momento de su voluntad. Sujeto y objeto se encuentran, pues, formando una inescindible unidad vital. De ahí deriva la enorme dificultad metodológica que ofrece el pretendido tratamiento y conocimiento científico de la sociedad humana. Esa dificultad comienza ya con la terminología aplicable, pues que los objetos pertenecientes a la sociedad no pueden jamás ser denominados mediante símbolos adscritos con exclusividad al uso científico: consisten objetos tales en nexos significativos a través de los cuales se realiza la existencia humana, que en ellos encuentra su organización; de manera que la intención significativa por la que cada uno de esos nexos se define estará dada en contenidos de conciencia compartidos y comunicables, —comunicables, sobre todo, mediante el nombre usual que designa en la vida convivida a la correspondiente experiencia, y del que, por lo tanto, será imposible prescindir en la elaboración científica de los correspondientes conceptos, pues tal prescindencia haría perder de vista al objeto mismo que se trata de captar conceptualmente. Pero, por otra parte, tampoco dichos nombres vulgares son susceptibles de adquirir fijeza ni de adoptar la rigidez lógica de los conceptos científicos, ya que, designando a realidades convividas, a entes históricamente dados, y sometidos, por lo tanto, a las modificaciones de la evolución histórica, sus perfiles oscilarán necesariamente, debiendo concedérseles un cierto margen de ambigüedad, que —valga la expresión— les es connatural.

La historicidad del objeto de la Sociología, en contraste con el carácter invariable que presentan, frente a las correspondientes disciplinas, los objetos cuyo conocimiento se proponen las ciencias naturales, obliga a aquélla a hacerse cuestión de la aplicabilidad que en su campo propio puedan tener los métodos de dichas ciencias naturales, y a contemplar la necesidad de adoptar vías de conocimiento particularmente adecuadas a las exigencias que son inherentes a la condición esencial de las realidades sociales: la discusión de este problema ha requerido copiosas páginas en ese capítulo

tercero, donde se trata, además, de aislar, dentro del campo histórico, lo que pertenece a la Historia misma, de aquello que interesa a la Sociología. Para añadir a esa discriminación la evidencia de un ejemplo, se dedica el capítulo cuarto a estudiar el cambio histórico de los objetos sociales a base de las comprobaciones ofrecidas por el fenómeno sociológico de la moda, elegido entre los muchos posibles en razón de numerosas ventajas: en primer lugar, porque ha sido amplia y diversamente considerado desde el ángulo sociológico; después, porque, pese a su gran latitud de proceso, aparece, más que otro alguno, libre de implicaciones, mostrando a las claras su substantividad y autonomía; y, en fin, porque su ritmo de cambio hace de él una experiencia inmediata, directamente vivida por todo el mundo. En definitiva, encontramos en la moda una realidad que se ofrece como objeto de consideración sociológica con gran limpieza de líneas, pudiendo general e inmediatamente ser percibida en su evolución histórica, y dotada, no obstante su continuo cambio, de una notable coherencia en su persistente estructura.

La elección del ejemplo de la moda obedece, además, a una razón de simetría: hemos creído que el estudio de su experiencia (que es una experiencia de cambio, y que, como tal, nos pone en inmediato contacto con el aspecto dinámico de la realidad social) complementaba el estudio, antes llevado a cabo, de la experiencia de la confrontación de dos conciencias individuales (cumplida esta en el plano estático de la actualidad social) con el resultado de que, tanto una como otra, conduzcan, inexorablemente, al descubrimiento de la diferenciación de clases sociales como eje de la estructura política de nuestra sociedad actual, empujándonos así hacia la realidad histórica concreta, sobre cuyo suelo se edifica el conocimiento sociológico.

Esa realidad histórica, sin embargo, ofrece campo, no sólo a la Sociología, sino a otras disciplinas, en cuanto que sobre su suelo arraigan también otros objetos distintos de los sociales. Se impone, pues, hacer una delimitación que aisle a estos últimos, construyendo el equipo conceptual adecuado a su captación de acuerdo con su peculiar índole. Distinguirlos dentro del conjunto de la creación cultural que llena el ámbito de la Historia no es, empero, tarea leve; pues así como resulta hacedera una clasificación que distribuya en grupos caracterizados a los demás productos de cultura u objetivaciones del espíritu, el grupo formado por los objetos sociales rebasará siempre sus límites por el hecho de que, al mismo tiempo que son productos u objetivaciones tales, las formas sociales sirven a la articulación entre naturaleza y cultura, prestando el marco indispensable en que se engarzan y articulan todas las demás creaciones históricas.

El hecho de que naturaleza y cultura se articulan en las estructuras sociales puede percibirse sin dificultad en la conexión entre tales estructuras y la vida práctica, que, en el ser humano, es vida histórica: las formas sociales cumplen con toda evidencia fines vitales. Pero como, llegados a este punto (capítulo quinto), no hemos considerado todavía de lleno la dirección práctica de la existencia humana, ni la organización social del movimiento

histórico, preferimos examinar dicha articulación, según el procedimiento antes empleado con reiteración, sobre la base de un ejemplo: ahora, el ejemplo suministrado por el amor, que a los fines propuestos es de particular utilidad, por concurrir en él todos los elementos que interesan. Pues, de una parte, nos ofrece la elaboración cultural de las funciones fisiológicas de reproducción, encuadradas en el juego (natural, pero también ya, a la vez, histórico y cultural) de las generaciones —cuyo concepto sociológico tiene una fundamental significación en este sistema—; y, de otra parte, se nos da como engarce de una creación histórico-cultural sistematizada, cual es el "amor", irreductible a la suma de sus elementos naturales; esto es, como una realidad sometida a evolución en el tiempo, objeto, por lo tanto, de posible consideración sociológica...

Ahora bien: este tipo de objetos, que prestan su materia a la Sociología, y que se encuentran dados en el mundo histórico, deben ser conceptualmente ordenados si se pretende alcanzar un conocimiento científico de ellos; y tal ordenación deberá arrojar, por sí propia, el esquema de una Filosofía de la Historia; pues, aun cuando se trate, como se trata, de estructuras formales, no por eso dejan de ser la forma en que se realizan contenidos históricos, reflejando así la dirección irreversible del tiempo histórico, en cuya corriente —de la que, en un cierto aspecto, son el cauce— se encuentran, en otro aspecto, realizándose ellos mismos.

Con esas consideraciones se pone fin a la primera parte del sistema. Deberá desprenderse como resultado principal de los análisis que la ocupan la noción clara de la índole peculiar del objeto de la disciplina sociológica, de las dificultades especialísimas que su tratamiento científico presenta, y de los posibles caminos que se ofrecen para acometerlo; incluso se encontrarán intentados ya ahí los primeros pasos, y avanzada la solución de más de un problema que luego, en la segunda parte, habrá de ser tratado a fondo.

Esa segunda parte pretende a su vez organizar el conjunto de los materiales de la vida humana que constituyen nuestra experiencia histórico-social plenaria, dentro de un conjunto ordenado de conceptos sociológicos. Para ello comienza por llevar a cabo, a partir de esa experiencia —que es, como se ha insistido, una experiencia de crisis—, el análisis radical del peculiar modo de existencia del hombre, es decir, de su vida en sociedad, y, precisamente, dentro de una sociedad como es la histórica, sometida al proceso de una evolución propulsada por la libre voluntad. Aparece ahí, como fruto de ese análisis, una de aquellas aportaciones con que el autor pretende que su obra contribuye positivamente a la historia de la Sociología: el descubrimiento del concepto de crisis social como una situación de discordancia entre el ritmo del acontecer histórico y el ritmo vital-natural de la especie humana, determinada por el orden de equilibrios sociales que eventualmente prevalece. Una lectura atenta del apartado núm. 3 del primer capítulo en conexión con el núm. 2 del segundo, mostrará cómo es posible concebir ese ritmo precipitado de la evolución histórica, que actúa de modo tan perturbador y tan violentamente coercitivo sobre la vida de los hombres

concretos protagonistas suyos, sin necesidad de desconectar la sociedad, hipostasiándola, de sus concretos miembros, ni de contraponerla a ellos como una entidad en cierto sentido substantiva. Que el devenir histórico atropelle, por una especie de determinación propia, las perspectivas humanas y destruya la existencia de los hombres, sin dejar por eso de ser un resultado directo de su actuación libre; por lo tanto, sin el recurso de atribuirle una realidad trascendente, es, pues, una adquisición lograda a través de análisis de la vida histórico-social que consisten, sobre todo, en descomponer los mecanismos del cambio hasta llegar a la unidad histórico-sociológica elemental, fijando el concepto de generación, para —a partir nuevamente de él— reconstruir la realidad del presente histórico mediante la articulación dinámica de las diversas generaciones que conviven en su ámbito. En el juego de las mismas se descubrirá la marcha del proceso histórico, con su dirección y su mecanismo.

De este estudio de las generaciones, por el que se amplían y tal vez se enriquecen investigaciones que en los últimos decenios habían sido iniciadas para distintos sectores del pensamiento europeo, pasa el autor a la consideración del proceso histórico, como una sucesión articulada sobre el encadenamiento generacional, mostrando ante todo la conexión entre la crisis social del presente, la construcción de la Sociología y la idea de una Historia universal, para destacar en esta última la idea cardinal del progreso, al mismo tiempo que la percepción de la autonomía de los diferentes círculos culturales en que el proceso histórico se cumple. Con eso, la experiencia del mundo histórico, donde arraiga el objeto de conocimiento de la disciplina sociológica, se nos presenta organizada en los dos grandes procesos: civilizatorio y cultural, cuya distinción y caracterización adecuadas vienen a anticiparnos las categorías fundamentales de la Sociología. El proceso civilizatorio aparecerá como determinado por la dirección práctica de la conciencia humana, tendiendo a la dominación de la naturaleza mediante la técnica, que entrega al hombre el control de las circunstancias exteriores —inclusive el control del propio hombre en cuanto perteneciente a esas circunstancias exteriores (con lo que la Política merecerá ser concebida como una rama particular de la técnica: dominación del hombre por el hombre). Abi encontraremos una serie de formas sociales (objeto particular de la sociología política) que pertenecen por su sentido esencial al proceso civilizatorio y que, en consecuencia, se definen por la funcionalidad racional, que caracteriza a la categoría sociológica de sociedad. Llegados a este punto, estamos en condiciones de enfocar sistemáticamente aquella experiencia inmediata que, en la primera parte, se nos había dado como un resultado de la confrontación originaria de dos conciencias individuales: la experiencia de la clase social y, a través de ella, la experiencia de la sociedad entera en su estructura política.

Un examen de las condiciones con que la sociedad política se presenta a la experiencia actual —como sociedad de clases en un avanzado proceso de disolución—, nos aclara en seguida la dirección de este proceso, y con él,

la situación presente en cuanto resultado de una situación anterior de donde procede, dentro de la línea de aquél. Los datos de la Historia sirven aquí para evidenciar las fases típicas de la evolución sociológico-política, permitiendo ordenar ésta en una serie de mayor a menor tensión, jalonada por los conceptos de "casta", "estamento" y "clase". Pero el propio análisis histórico nos entrega también otro concepto sociológico —el de "nación"— con ayuda del cual podemos percibir desde fuera —si bien en condiciones de enorme complejidad— el enfrentamiento de los cuerpos políticos en el campo de la Historia universal, para iniciar con el choque hostil la integración política en que se producen aquellas características tensiones, perfilando de esta manera el conjunto del proceso civilizatorio que realiza la Historia universal, y que sólo desde la crisis definitiva de nuestro tiempo —interpretable como "crisis de la Historia"— puede ser abarcado y comprendido. Esta comprensión presta a la Sociología su sentido profundo, al que están vinculadas las expectativas que siempre se pusieron en ella; pero, al mismo tiempo, sugiere la duda acerca de si tales expectativas están verdaderamente justificadas. Sea como quiera, en el plano de un proceso histórico que toca a sus posibles límites —por lo menos, según la línea en que hasta ahora se ha cumplido—, es donde se nos plantea el problema del conocimiento de la realidad social.

Ahora bien: esa realidad social, que hasta ahí hemos debido contemplar desde el ángulo del proceso civilizatorio, esto es, dentro de las formas de su efectivación histórica, se erige sobre la base de la percepción de valores que, en conjunto, comportan una concepción unitaria del mundo e integran una actitud cultural. Pero las culturas son dadas a la experiencia como círculos independientes, cerrados y autónomos, de la vida humana, dentro de los cuales se cumple también una evolución propia, un a modo de proceso... La definición de lo que ha de entenderse por "cultura" —en contraste con "civilización"— se intenta aquí a base de un análisis esencial de la conciencia humana, en la que el espíritu aparece dado bajo la limitación de la perspectiva espacio-temporal de la posición histórica. Cada cultura comportaría una radical visión del mundo acuñada sobre un plexo originario de factores que, en su constelación singularísima, constituirían el paisaje materno de la correspondiente entelequia cultural, de donde todas sus formas históricas, sucesivamente derivadas, tomarían el sello distintivo que las unifica. Todas las manifestaciones de la vida humana en la Historia, engarzadas dentro de las formas sociales del proceso civilizatorio y, por lo tanto, ordenadas en una línea fundamental de progreso técnico, responden, sin embargo, de otra manera, a modalidades culturales de las que penden incondicionadamente, y de las que reciben su carácter espiritual y, con él, el impulso de voluntad que las sostiene y propulsa. Pero tales modalidades, en sí mismas, propenden más bien al reposo de formas cerradas y perfectas, realizándose en ellas la otra categoría sociológica fundamental, la categoría de comunidad, que, tendencialmente, se opone a la de sociedad, pero que de hecho se da junta con ella coincidiendo

do sobre el mismo material histórico al que, entre ambas, sameten a constante tensión interna.

Pues —dicho queda— a partir de su paisaje materno, cada cultura cumple una evolución histórica en cuyo curso va presentándose su entelequia realizada en una orgánica sucesión de formas, que reproducen su cuño original sobre diferentes contenidos. Ese despliegue consiente separar en cada cultura dos estratos: uno, primitivo, donde los materiales se encuentran en indistinción relativa, y otro, evolucionado, en que dichos materiales se encuentran distribuidos de modo predominante en una sistematización más o menos avanzada, pero, al parecer, nunca exhaustiva, —siquiera, mientras la cultura correspondiente conserve capacidad de pervivencia. Y puesto que nuestra experiencia histórica actual nos ofrece una cultura altamente diferenciada en especializaciones, debemos proceder, apoyados en ella, a distinguir y ordenar sus diferentes sectores, a fin de aislar así las formas sociales correspondientes, que, sobre el concepto general de sociedad en su sentido lato y dentro de la pareja conceptual de comunidad y sociedad con su tensión dinámica, vienen a ordenarse en una serie propia, establecida en la dirección del proceso histórico.

La primera sistematización que aquella experiencia nos ofrece es la de las formas sociales correspondientes a este proceso. Se realiza en dos direcciones hasta cierto punto independientes en nuestra sociedad de hoy, dando lugar a dos sistemas de la civilización: el sistema de la economía y el sistema de la política, que coinciden substancialmente en su orientación práctica y, por lo tanto, en su riguroso sentido técnico. En contraste con ellos, aparecen las sistematizaciones de la cultura, orientadas por valores espirituales diversos, y en cuyo seno se produce la creación de formas simbólicas, expresivas de contenidos espirituales... Los sistemas de la cultura se dan más o menos diferenciados dentro de cada círculo cultural: (algunos, como el lenguaje o la moral, consienten escasa especialización; otros, en cambio, pueden reducirse a sectores de la actividad social muy delimitados y exclusivos). Pero todos ellos se encuentran penetrados, como ya fué dicho, por el movimiento histórico y, de consiguiente, colocados en la tensión entre la categoría sociológica de comunidad, que por esencia les conviene, y la de sociedad, que conviene por esencia al proceso civilizatorio.

Para evidenciar esa tensión destacando a la vez las formas sociales en que adquiere efectividad, después de haber prestado breve atención al lenguaje, las costumbres, etc., se ha elegido el más puro de los sistemas de la cultura, aquel cuyos contornos están mejor perfilados, esto es, el sistema del Arte, y se lo ha sometido (capítulo quinto) a una detenida consideración, destinada por otra parte a servir de contraste al estudio previo del sistema de la política, que pertenece al orden civilizatorio.

Pero entre las sistematizaciones de la civilización y las sistematizaciones de la cultura, se encuentra un sistema particular, perfectamente delimitado en nuestro actual mundo histórico, sistema que participa por igual

en el sentido de ambos campos, por cuanto vincula la técnica de la dominación a las estructuras del espíritu: se trata del Derecho. En efecto, al derecho pertenece por esencia, tanto la intención de producir mediante sus normaciones coactivas una instrumentación del dominio político, como la intención de realizar la justicia, dentro de ese mismo orden impuesto y, precisamente, a través de aquellas normaciones. De este modo, el sistema del Derecho viene a ser, en el conjunto del mundo histórico, a la manera del gozne donde el cuerpo de la cultura se articula con el proceso civilizatorio. De ahí que en su seno queden equilibradas las categorías sociológicas de comunidad y de sociedad.

De las compulsaciones practicadas a lo largo de los diferentes temas a que se ha pasado revista, resulta en suma —y ello ha sido destacado en varios pasajes del Sistema— que las formaciones sociales, objeto del conocimiento sociológico, son un producto cultural y, como tal, creación humana cargada de sentido; pero que la índole de la objetivación espiritual que realizan las asigna a fines prácticos —por donde se aproximan a la condición de instrumento—, si bien fines de alcance descomunal. Pues de ellas dependen todas las demás creaciones de cultura, constituyendo algo así como el molde donde la naturaleza se transforma en espíritu.

Ya desde el comienzo pudimos apreciar que los entes sociales, sostenidos en la conciencia de los hombres, contruídos con el material de sus vidas y mantenidos a impulso de su voluntad, configuran a su vez la mentalidad de las nuevas generaciones humanas que se incorporan a su estructura. Pues los hombres mismos son, ellos también, un producto de cultura, tienen una fisonomía histórica, presentan carácter de época. El proceso de adquisición de la cultura por parte de los individuos humanos que ingresan en su ámbito para ser portadores de la Historia es examinado en el capítulo séptimo, con lo que hemos invertido ya por completo el punto de vista adoptado para nuestros análisis primeros: las relaciones generacionales en función del proceso educativo, la acuñación de las nuevas promociones humanas según ideales históricos, el modelado del sujeto de la Historia por la sociedad, son cuestiones que nos conducen hacia la comunidad de cultura, en cuyo seno alienta un ideal de vida, orientador de la conciencia.

De este modo, desembocamos en la sociología del conocimiento, alrededor de cuyo problema deberá cerrarse el Sistema de la Sociología: el proceso civilizatorio y el orden de la cultura son ahora contemplados en función de la conciencia; se replantea y discute otra vez la construcción de la ciencia, y, en fin, vuelve a encararse el tema inicial del posible conocimiento de la realidad histórico-social que nuestra disciplina se propone a favor de la coyuntura de la crisis...

Tal es, en apretado esquema, el pensamiento sistemático que este volumen desarrolla. Pese a lo dilatado de sus páginas, la mayor parte de sus posiciones están esbozadas tan solo; muchas veces, meramente apuntadas, o aun implícitas, contentándose con la sugestión, y prefiriendo entregar

TRATADO DE SOCIOLOGIA

al lector las ideas en un modo laxo, que les consienta cierto juego, antes que forzarlas externamente a un rigor mayor del que su propio grado de madurez autorizaría. No aspira el autor a brindar soluciones hechas, sino más bien a incitar hacia su busca.

Si estas páginas constituyen estímulo en tal dirección, habrán cumplido su finalidad. Vivimos un momento en que una percepción adecuada de la situación de conjunto puede ser cuestión de vida o muerte; nuestra generación afronta probablemente las circunstancias más difíciles que jamás se hayan dado en el curso de la Historia universal, unas circunstancias que, echando sobre sus hombros responsabilidades sin precedente, le plantean tareas para cuyo cumplimiento se requiere esfuerzo ciclópeo, aliado a la más sutil perspicacia. Al llamar la atención por el camino del conocimiento de la realidad histórico-social, como aquí se intenta, quiere servir en algún modo el imperativo de nuestra época.